

LINDA CARLINO

CARLOS

CUESTIÓN DE ORGULLO

boóveda

Título original: *A Matter of Pride. Charles V, Holy Roman Emperor*

-

Primera edición: 2016

© Charles Carlino

© traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-98-1

Depósito legal: SE. 9-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Contexto histórico	9
Mapa	11
Árbol familiar	12
Personajes	13

1557

FEBRERO	17
Bienvenidos a Yuste	19
Reminiscencias	32
Celebraciones	49
MARZO	73
¿Al mando todavía?	75
JUNIO	99
Una visita importante	101
Dudas	112
Certezas	131
Un asunto de familia	140
Una novia ruborizada	152
Una casa, un señor	157
Un matrimonio inglés	166
JULIO	183
Un monarca idóneo	185

AGOSTO	199
¿Pluma o espada?	201
El mejor líder	219
Antiguas afrentas nunca olvidadas	234
NOVIEMBRE	249
Errores de juicio	251
DICIEMBRE	277
Pertencencias	279
Cuestión de suerte	301

1558

ENERO	315
Sueños e ilusiones	317
FEBRERO	339
Orgullo o prejuicios	341
Diplomacia	354
ABRIL	365
Lágrimas	367
JULIO	379
Audiencias cautivas	381
AGOSTO	401
Decisiones	403
¿El hombre más apto para la empresa? ...	420
SEPTIEMBRE	429
Partidas	431
Regreso a Yuste	453
Bibliografía	459
Agradecimientos	461

CONTEXTO HISTÓRICO

En la primera parte del siglo XVI, a la muerte del emperador Maximiliano, Enrique VII de Inglaterra, Francisco I de Francia y Carlos I de España (hijo de la reina Juana y el rey Felipe) compitieron por la corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Fue Carlos, nieto del difunto emperador, quien valiéndose de sobornos financieros prevaleció sobre los príncipes alemanes y consiguió que lo eligieran emperador, con el nombre de Carlos V. Sin embargo, era un cáliz envenenado el que había comprado. No solo tuvo que hacer frente a las frecuentes rebeliones de la confederación de los Estados alemanes, tuvo también que sortear desafíos más importantes.

Durante los años que llevó la corona imperial, los países del este de Europa vivieron bajo la amenaza constante de los turcos infieles, empeñados en ampliar las fronteras del Imperio otomano hasta los confines de Occidente. Además, Carlos tuvo que poner freno a las aspiraciones de Francia, que intentaba extender su poder territorial sobre Italia. Ambas amenazas exigían una respuesta armada que requería dinero, mucho más del que incluso las riquezas del Nuevo Mundo podían propor-

cionar. Carlos tuvo que pedir prestadas enormes sumas de dinero a los banqueros alemanes y acabó por llevar a España a la bancarrota.

Como cabeza de su familia, se veía en el deber ineludible de establecer alianzas matrimoniales de carácter internacional para garantizar que los Habsburgo conservaran su poder y aumentaran su influencia en todos los lugares posibles.

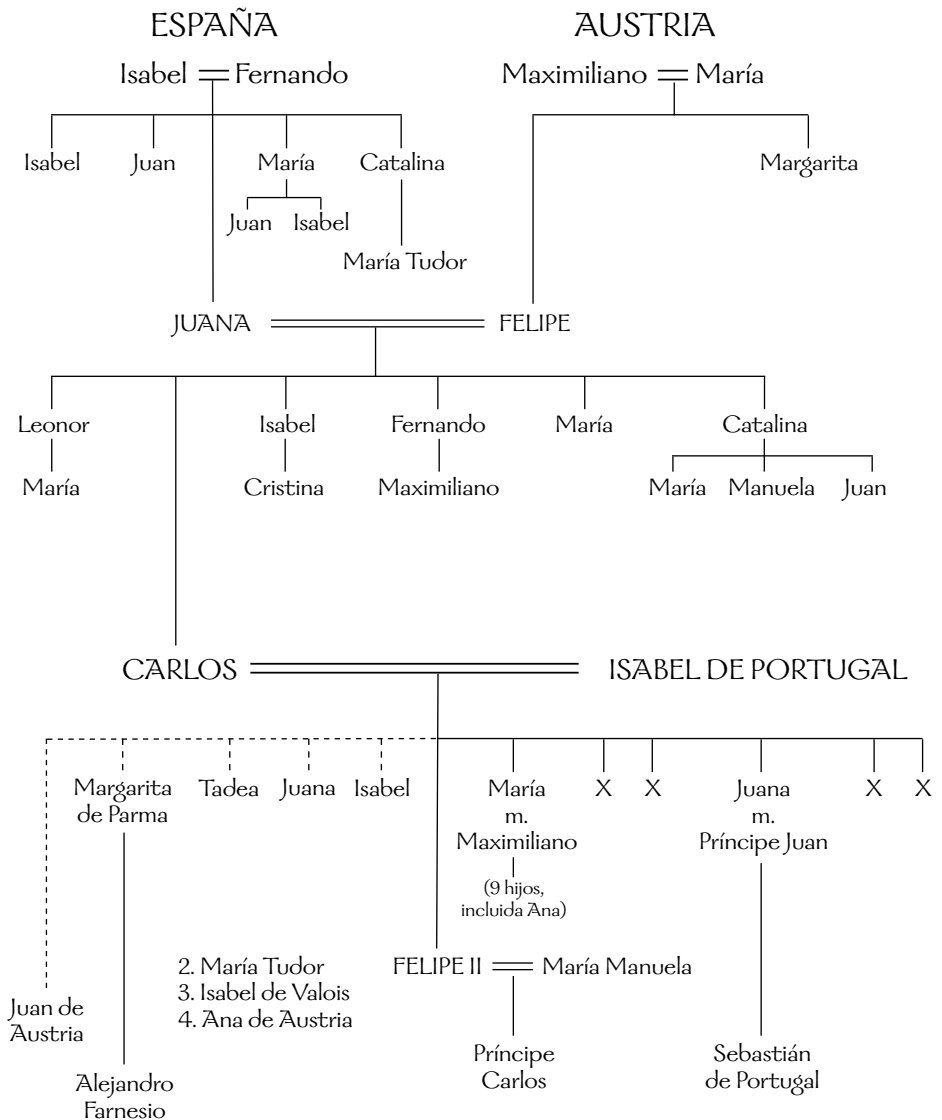
Esta fue también una época de malestar religioso en toda Europa. Los movimientos de la Reforma, en particular el inspirado por Martín Lutero, desafiaban en todas partes a la Santa Madre Iglesia y ponían en peligro las almas de los buenos cristianos.

No es de extrañar que Carlos abdicara entonces, a los cincuenta y seis años, derrotado tanto física como anímicamente, y eligiera a su hermano Fernando para ostentar el título de emperador, entregando a cambio los tronos de España y Nápoles a su hijo, Felipe II.



 *Dominios de los Habsburgo*

Árbol familiar



PERSONAJES

RESIDENTES EN YUSTE

Carlos: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de España. Ha abdicado poco antes de cumplir los 57 años. Está prematuramente envejecido y tiene dificultades para hablar, de modo que solo quienes lo conocen bien consiguen entenderlo.

Quijada, don Luis: antiguo ayuda de campo de Carlos en el Ejército Imperial, enjuto y todavía ágil a sus sesenta años. Es el administrador del rey y su más íntimo confidente. Se le permite expresar sus opiniones con toda franqueza, y nunca deja de hacerlo, a veces incluso con brutalidad.

Gaztelu, don Martín: secretario del rey, pequeño y rechoncho, con sus eternas lentes en la nariz. Se desvive por complacer a Carlos y siente debilidad por las habladurías.

Regla: confesor del rey. Anciano monje jerónimo, alto y delgado, cada vez más cargado de superioridad moral.

Turriano: matemático, relojero e inventor de mediana edad, siempre absorto en la resolución de problemas.

Alonso y Manuel: fornidos mozos de cuabras de alrededor de cuarenta años, servidores de Carlos en el Ejército Imperial.

María: joven campesina que aspira a una vida mejor.

Doctor Mathys: médico personal de Carlos, joven e inexperto.

Van Male: ayuda de cámara del rey, callado y modesto, solo llama la atención por su banda roja y las hebillas de plata de sus zapatos. Recién casado con madame Male.

Madame Male: encargada de la servidumbre; alta, delgada y de carácter imponente.

José y Samuel: mozos de silla de poco más de veinte años, recientemente empleados al servicio de Carlos; pasan largos períodos ociosos, chismorreando.

VISITANTES

Zúñiga, don Luis, marqués: viejo amigo de Carlos; historiador y comandante retirado de la Caballería Imperial; rechoncho, de pelo blanco, cada vez más calvo.

Reinas viudas María y Leonor: hermanas de Carlos.

Doña Magdalena de Ulloa: esposa de Quijada. Una mujer elegante y hermosa, muchos años más joven que él. Madre adoptiva desde hace pocos años de un niño de orígenes desconocidos.

Oropesa, Fernando, duque: amigo de Carlos y su anfitrión en Jarandilla, benefactor del monasterio de Yuste.

Hermano Francisco: antiguo duque de Gandía, ahora sacerdote jesuita.

Ruy Gómez: tesorero real de España y hombre de confianza del rey Felipe.

1557

Febrero

BIENVENIDOS A YUSTE

I

Dos fornidos mozos de cuerdas de alrededor de cuarenta años se alejaron del remolino de alegres muchachas reunidas en la esquina del muro del portalón, dejándolas ruborizadas y cubriéndose la boca con la mano, sin poder disimular su sonrojo, su contento.

—Entonces, ¿tú qué dices? ¿Tenemos alguna posibilidad?

—Yo diría, Alonso, que podemos tener suerte —dijo Manuel, ligeramente más alto que su amigo, dándole una palmadita en el hombro.

—Eso espero. Lo de Jarandilla fue un chasco. Tantas semanas sin nada de nada.

—Y que lo digas, allí no había que hacer. Eran todas unas avinagradas. Pero estas de aquí no están nada mal.

—Lo malo es la peste que echan.

—Lo mismo te pasaría a ti si tuvieras que pasar el invierno encerrado con los animales, botarate. Nosotros sí que tenemos suerte, ya lo ves: dormimos sobre dulce heno. Ellas tienen

que acostarse en la paja, entre boñigas de vaca y de cabras apestosas. Al menos eso es lo que me dice mi nariz.

—Entonces, todo irá bien si no pasamos de la puerta, ¿eh, Manuel?

—Eso mismo creo yo.

Se estiraron los sayos de tosco lino por encima de los pantalones de montar, de mala hechura, aunque recios; se ciñeron los cinturones, se ajustaron las pellizas de lana y se calaron las gorras después de peinarse el pelo con los dedos. Hecho esto, se escupieron en las puntas de las botas de cuero y se las restregaron contra las pantorrillas.

—¿Qué tal estamos? ¿Presentables? Pues vamos allá. —Y Alonso se puso en cabeza para entrar por el portalón de madera, abierto de par en par en señal de bienvenida, y cruzar el patio de adoquines donde esperaban otros palafreneros.

—¡Demonios! ¿Has notado eso, Alonso? Como si alguien se hubiera dejado una puerta abierta y entrase una ráfaga de aire helado.

—No, no he notado nada, amigo. ¿Estás enfermo? Ya verás lo pronto que entras en calor cuando te arrimes a unos muslos suaves.

Tenéis que perdonar a nuestros hombres de sangre caliente. Se daba el caso de que tenían muy pocos placeres. Confío en que nuestra presencia no haya enfriado su ardor.

Bienvenidos a Yuste, a este espléndido monasterio de San Jerónimo. No existe marco más apacible.

Bueno, estáis aquí para descubrir todo lo posible sobre Carlos, el hombre que hasta hace poco llevaba las coronas de España y el Sacro Imperio Romano Germánico. Tenéis razón en decir que todo el mundo ha oído hablar del emperador y el rey, pero ¿qué saben en realidad del hombre?

Haré lo que pueda por ayudaros. Os guiaré, os llevaré como un observador invisible a presencia del rey, y entraremos en los corazones y los pensamientos de cuantos encontremos. Espero, además, ser una fuente de información valiosa.

¿Estáis de acuerdo en no hacer preguntas ni buscar otras vías de investigación y aceptar en todo momento mi juicio y parecer? ¡Bien! En ese caso podemos embarcarnos en esta aventura: prometo que será sumamente interesante.

Pero antes, unas breves palabras sobre Yuste. La Orden de los Jerónimos se estableció aquí hace alrededor de un siglo y ahora es una comunidad próspera, dueña de inmensas extensiones de tierra fértil en el valle, con huertos, olivares y bosques en abundancia en los montes de los alrededores.

Desde que en fechas recientes se construyó ese magnífico segundo claustro que está a la izquierda, y estos confortables aposentos para el rey, como un pequeño palacio hábilmente añadido a la derecha, el monasterio se ha convertido en una auténtica joya engastada en un mar esmeralda, entre alcornocales y castaños. Y, más a la izquierda, vemos otra ampliación igualmente necesaria: las caballerizas. Podéis asomaros al patio desde el arco de la entrada.

Por qué ha elegido Carlos retirarse a este lugar es algo que nadie sabe a ciencia cierta; lo único seguro es que no tiene intención de hacerse monje, para consternación del prior. Y si pensamos en las espléndidas residencias en que ha vivido el rey a lo largo de los años, en el monumental palacio que hizo construir en Granada, este difícilmente parece un alojamiento idóneo, tanto por su tamaño como por su ubicación. Cuenta solo con dos plantas, idénticas, de cuatro piezas cada una, y un corredor central.

Es posible que el encanto del lugar resida en que se encuentra muy lejos de todo. Y, bien pensado, ahora que Carlos ha abdicado, esta lejanía puede ser una bendición para otros. Desde aquí no podrá interferir en los asuntos de Estado.

Mientras esperamos, este día de febrero no demasiado frío, os daré algunos detalles sobre este hombre, el Emperador Carlos V. Tiene casi cincuenta y siete años, y es viudo desde hace diecisiete. Es un hombre prematuramente envejecido, asediado por la enfermedad, lastrado por la derrota, que ha venido a pasar sus últimos días en este apacible rincón montañoso del suroeste de España.

Nació en Flandes y, a la edad de diecisiete años, ascendió al trono de España y sus vastos dominios. Había heredado Flandes y los Países Bajos, además del título de archiduque de Austria. Poco después de convertirse en rey de España, fue elegido, o comprado, según algunos, entre los que me incluyo, para llevar la Corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Pero, escuchad. Sí. Son las campanas. Las campanas anuncian su llegada. Ya está aquí. Por fin ha llegado a este lugar de reposo y de paz. ¿Habéis oído alguna vez un repique tan alegre? Llegan hasta los más lejanos rincones del valle, llamando a todo el mundo. ¡Alegraos, porque vuestro rey y emperador se encuentra entre vosotros! Disculpádmelo: la emoción del momento me ha hecho perder la compostura.

Mirad, las puertas de la capilla se abren y ya están aquí los monjes, con el hábito blanco y el escapulario marrón de los jerónimos. Apartémonos hacia los establos. Desde aquí tenemos una vista excelente: podemos verlo y oírlo todo.

Un cortejo compuesto de unos cincuenta caballos se despliega como una cinta entre los montes cubiertos de bosques, trazando un arabesco en las últimas curvas del camino pedregoso. Los vecinos del lugar se han congregado en las orillas para ver fugazmente a quien, según se dice, era su rey. Al entrar en el patio, el cortejo ha perdido su elegante formación, dispersándose en una maraña de movimiento indeciso. Después de dudar y trazar un círculo, un grupo de jinetes conducen la litera, tirada por dos caballos, hasta la entrada de la capilla. El prior, con la actitud de solemne dignidad que lleva semanas ensayando, se ajusta la capucha y se acerca a la litera: un arcón de madera hábilmente adaptado como medio de transporte que cobija al ilustrísimo huésped.

Un susurro ronco, a espaldas de Alonso y Manuel, los insta a entrar en acción.

—Muy bien, muchachos. Manos a la obra. Manuel, Alonso, sujetad a ese caballo que está ahí detrás. Coged los ronzales.

—Ya vamos. ¡Ya vamos! ¡Qué manía tiene de decírnoslo todo! ¡Como si no supiéramos hacer nuestro trabajo! Con la de años que llevamos haciendo lo mismo. Acaba con la paciencia del más santo. Bueno, ¿cuál de las dos muchachas vas a elegir, Alonso?

—De momento me es lo mismo. Ya sabes lo que dicen los marineros: si hay tormenta, a cualquier puerto. Tranquilo, bonito. Ya te tengo. —Acarició al animal cansado, calmándolo con la voz que reservaba exclusivamente para sus caballos.

—¡Quijá, Quijá! —Unos gruñidos de mal genio y un farfullar incomprensible llegaron desde la protectora oscuridad de la litera con capota de cuero.

Quijada se acercó con su caballo.

Ah, sí, cuando el rey habla, exige la máxima concentración. Os lo explicaré: su dicción nunca ha sido demasiado buena, pronto sabréis por qué. Tiene la mandíbula muy prominente y no puede cerrar bien la boca. Además, se le traba la lengua. Por desgracia, la situación ha empeorado desde que perdió la mayor parte de los dientes. O sea que es casi imposible entender lo que dice si quien lo escucha no hace un esfuerzo inmenso.

Quijada se inclinó desde su caballo para hablar con el monje.

—Su majestad necesita unos momentos a solas, buen prior —explicó, mientras Alonso y Manuel guiaban a los caballos para subir la litera por la rampa de adoquines construida expresamente para llevar al emperador enfermo a la planta principal de su nueva residencia.

Quijada descabalgó, entregó las riendas a los mozos que esperaban y subió la rampa hasta la galería, a grandes zancadas. Delgado y asombrosamente ágil todavía, únicamente el pelo y la barba, grises como el peltre, recuerdan a quien lo ve que ya ha cumplido sesenta años.

Alonso y Manuel sujetaron a los caballos. Dos lacayos con calzas y librea verde oscura se acercaron rápidamente a retirar la pesada capota de la litera.

—¡Maldita sea, cuidado con la pierna, miserable bellaco! —Estos y otros improprios se oyeron mientras sacaban a Carlos de la litera, donde iba envuelto en colchas de terciopelo y alfombras de piel, como dentro de un capullo protector. Impertérritos, los dos sirvientes, jóvenes y fuertes, prosiguieron con el traslado de su señor de la litera a una silla y lo llevaron inmediatamente a cubierto, a resguardo del gélido aire del invierno, a una estancia sofocante como un horno en la que ardían chimeneas y braseros.

Brevemente, ahora que tenemos un momento: la vida de Carlos ha sido una batalla continua para proteger su legado, combatir a los turcos, defender su querido catolicismo de la creciente amenaza protestante y preservar la unidad de Alemania. Y, por sí esto fuera poco, las perennes guerras con Francia.

Bueno, aquí estamos: han transcurrido casi cuarenta años y es muy poco lo que se ha resuelto, sí es que algo se ha resuelto. A decir verdad, todo sigue igual, con la excepción de que el emperador ha decidido abdicar. Y, yo añadiría también, de que España está en bancarrota. Sangre española y tesoros españoles se han dilapidado en empresas en las que, en mi opinión, nunca hubo nada que ganar y es mucho lo que se ha perdido. Sí, España está en bancarrota: adeuda la friolera de siete millones de ducados de oro.

Con esta nota feliz, ¿seguimos a los demás?

II

Un hombre bajito y rechoncho, doblado por la edad y los interminables años de escribanía, esperaba a la comitiva en el salón para darle la bienvenida. Era Gaztelu, el secretario del rey, que había llegado unos días antes para asegurarse de que todo estaba a punto. Se acercó a Quijada, cuidándose de dar la espalda a Carlos, y miró a un lado y a otro antes de sacar con destreza una carta de las anchas mangas de su túnica negra de escribano.

—Es para ti —susurró—. Llegó con las demás. No he tenido tiempo de entregártela antes de marcharme. Te pido disculpas.

Los ojos de Gaztelu, siempre entornados, tras décadas de laboriosa escritura de cartas y documentos reales, miraron a Quijada buscando una explicación. Sabía que no la encontraría, nunca la encontraba.

—Gracias. No te preocupes, amigo mío. —Quijada echó un vistazo a la letra y reconoció la mano firme de Bárbara. Se guardó la carta en el jubón. Podía esperar hasta más tarde.

Carlos le sonrió desde su asiento, en nada parecido a un emperador. Encorvado y exhausto, con el rostro alargado y ajado, los ojos azules fatigados y legañosos, la barba y el pelo blanco desgredados, era un anciano casi tan ancho como alto, envuelto de la cabeza a los pies en mantos de terciopelo negro y pieles de color marrón oscuro.

Inclinó hacia delante el cuerpo voluminoso y torpe, testigo de los años de indulgencia y excesos en la comida y la bebida.

—Acompañadme en un brindis.

—Pasáis por alto el hecho de que vuestro médico os ha aconsejado encarecidamente que no bebáis, y nos invitáis, o mejor dicho, nos exigís que brindemos, desoyendo deliberadamente sus advertencias —le amonestó Quijada.

Os hablaré de Quijada. Tuvo la desgracia de ser el hijo menor de una familia ilustre, de la que no recibió nada más que el apellido. Ingresó en el Ejército y se distinguió por su carrera militar hasta convertirse con el tiempo en ayuda de campo de Carlos.

Recientemente, el rey lo ha llamado de nuevo a su servicio, y Quijada ha tenido que abandonar su lujoso retiro y a su querida esposa Magdalena, una mujer muy bella y muchos años más joven, para organizar el viaje de Carlos a Yuste. Una misión nada fácil, os lo aseguro. En primer

lugar, el pobre ha tenido que emprender un viaje de cuatro días en coche de posta hasta el puerto donde debía reunirse con el séquito del rey; una hazaña nada fácil. Ha recorrido innumerables kilómetros a caballo junto a la litera real y casi otros tantos andando, para guiarla por estrechas sendas de montaña, bajo el viento, la lluvia y el sol abrasador, velando en todo momento por la seguridad y el bienestar de su señor. Y ahora no puede volver a casa, porque van a retenerlo como administrador del rey.

Tal vez os haya sorprendido la familiaridad con que Quijada trata a Carlos, pero como compañero de armas y fatigas a lo largo de casi cuarenta años, además de amigo íntimo del rey, se le permite expresarse con absoluta franqueza sobre cualquier cuestión. Y pronto se verá que normalmente lo hace.

Carlos envolvió su copa con las manos hinchadas.

—Una de las mejores cosas de esta vida, amigos míos, es la cerveza helada —dijo, y se bebió de un trago el líquido dorado—. Por fin lo hemos conseguido. Te doy las gracias, Quijada. El viaje habría sido imposible sin ti. Todo, de principio a fin: los alojamientos cómodos, la búsqueda de ayuda en todas partes. Y ¿qué decir de los puertos de montaña? Hubo un momento en que creí que no lo lograríamos. Confieso que fue culpa mía, Quijada, no hay necesidad de que pongas esa cara. Cometí el error de pensar que el viaje sería más rápido. Además, esa condenada litera y la silla eran inútiles. Maldita sea, Gaztelu, he tenido que subirme a unas cuantas espaldas malolientes —dijo, tirando de la manga de su secretario—. Imagínate: sentado en una vieja silla de granja y atado a la espalda de un desconocido, enfadado y baqueteado, sin la menor idea de adónde demonios me llevaban. El último puerto que cruzo en

la vida, aparte del que tenga que cruzar para entrar en el cielo, ¿eh? —se rio Carlos.

Gaztelu asintió con una sonrisa. Ya había oído todo esto anteriormente, en numerosas ocasiones.

Carlos inclinó la cabeza hacia atrás para apurar su copa de cerveza, derramando buena parte de ella en la barba que adornaba su prominente mentón habsburgo.

—Quijada, un trabajo excelente el que hiciste en Jarandilla. Más cerveza —ordenó, secándose las gotas de la barba con la manga acolchada.

—Mi señor, ¿puedo recordaros que es sumamente imprudente de vuestra parte beber...? —empezó a decir Quijada.

—Naturalmente que puedes, pero yo te contestaré en primer lugar que he tenido un día agotador y me ha dado mucha sed.

—¡Qué exageración! ¡Solo habéis recorrido diez kilómetros, y habéis hecho el camino acostado entre almohadones!

—Eso no viene al caso. En segundo lugar, me parece oportuno brindar porque hemos llegado sanos y salvos a nuestro nuevo hogar. En tercer lugar, soy el rey y por lo tanto decido qué, cuándo y dónde. Así que ¡se acabó la discusión! Más cerveza, he dicho.

Tardó en vaciar la copa menos de lo que tardaron en servírsela.

—Ahora, una vez satisfecha esta necesidad, me ocuparé de la segunda de mis prioridades. Mozos, ¿dónde estáis? Llevadme al excusado. Quijada, puedes informar al buen prior de que estoy casi preparado para asistir al servicio de bienvenida.

Era agradable ver cómo Carlos reconocía el mérito de Quijada. ¡Qué mal lo había pasado en Jarandilla! Es un pueblecito pequeño y no es difícil imaginar el alboroto que

se organizó cuando, de repente, aparecieron cien personas. Quijada tenía que encontrar alojamiento para todos, y en muchas ocasiones se encontró con la feroz resistencia de las gentes del lugar. El pobre hombre se pasó el día yendo de un lado a otro, con los tobillos hundidos en el barro, negociando con patrones y criados pendencieros: una pesadilla interminable. Y luego, para colmo, el rey lo mandó corriendo a su casa de Villagarcía, con la orden de desmantelar una estufa y traerla a Yuste, donde ahora preside el excusado real para que Carlos disfrute de un ambiente todavía más acogedor. Uno tiene derecho a que le gusten las comodidades.

¿Empezáis a comprender mejor a Carlos? Bien, eso nos facilitará mucho las cosas.

Ahora, pasaremos a la capilla y esperaremos. Confío en que no os parezca demasiado fría, en contraste con el calor que hace aquí.

III

La capilla relumbraba con un centenar de cirios parpadeantes. Trasladaron a Carlos al recinto y lo sentaron bajo un palio que llevaba su escudo de armas. El rey contempló el cuadro que adornaba el altar, al final de una empinada escalera de catorce peldaños: *La gloria*, una obra encargada expresamente para la ocasión. En el cuadro aparecía el rey, al lado de su querida esposa Isabel, los dos con túnicas blancas, y a su derecha, su hijo Felipe. Se encontraban en el cielo, en compañía de los ángeles alzados en actitud de oración y adoración a la Santísima Trinidad. Era perfecto, absolutamente perfecto.

Escuchad el coro. Está interpretando el mismo tedeum que se compuso y cantó para uno de los antepasados del rey en Flandes, hace muchos, muchos años. Eso me recuerda que no sé cómo se estarán adaptando los nuevos coristas.

No todo el mundo veía con buenos ojos esta «invasión» extranjera. Pero, como es natural, Carlos estaba decidido a contar con las mejores voces.

Y no debería pedir más. El rey debería contentarse con la paz y la tranquilidad que aquí se respira.

Terminado el servicio, los monjes no permitieron que Carlos se retirara sin presentarse todos, uno por uno, resueltos a que ningún miembro de su séquito les negara este favor. Carlos, que seguía de evidente buen humor, consintió que todos le besaran la mano.

Quijada frunció el ceño con impaciencia.

—Le pido al Cielo que Su Majestad sea tan tolerante en el futuro con estos monjes como lo está siendo ahora. Personalmente, los encuentro tediosos —negó con la cabeza—, pero así es como suele ser la gente ignorante.

—Tú nunca has tolerado de buen grado a los necios —sonrió Gaztelu, dando una palmadita en el hombro de su administrador con gesto cómplice—. Además, sé que no tienes a estos monjes en gran estima.

—Así es. Sabes tan bien como yo que estos hombres de Dios no querían que el rey viniera a vivir aquí. No lo querían a él ¡sino su dinero! Hicieron cuanto les fue posible por retrasar las obras, con la vana esperanza de que hubiera algún cambio de planes y, en lugar de unos aposentos reales, pudieran contar con alojamientos nuevos y más confortables para ellos mismos.

—Recuerdo que hubo cierta polémica. Bien, bien. Pero lo hemos conseguido, a pesar de los contratiempos. Y ¿se han ido ya los últimos sirvientes en edad de retiro?

—Sí, los he visto llorar de felicidad al recibir sus sueldos y poder volver por fin a su país. Y te aseguro que también hubo algunas lágrimas entre los elegidos para continuar sirviendo a Carlos sin la perspectiva inmediata de ver ningún dinero.

—Quijada, eres un hombre duro.

—¿Duro? Es posible, pero soy sincero. Quiero a mi señor más que a un hermano, pero me niego a fingirme ciego o sordo. ¡Qué vergüenza! El rey lleva semanas mendigando para encontrar el modo de pagar los meses de salario que debía a sus servidores. A Dios gracias que la regente, su hermana Juana, finalmente ha logrado convencer a unos cuantos para que sigan aceptando pagarés.

Notó en el bolsillo el bulto de la carta todavía sin leer y pensó que, mientras algunos aún tendrían que esperar meses, había alguien, cierta dama, a la que debía responder de inmediato.